

POLÍTICA

Aquel adiós a las armas

ALBERTO SURIO
EL DIARIO VASCO 2008-02-01

San Sebastián. DV. «El pasado no vuelve y si tiene valor es por lo de que de él podemos aprender». Veinticinco años después de la disolución de ETA político-militar, aquel proceso histórico encierra una memoria de trazos claros y oscuros en una Euskadi aún herida por la persistencia del terrorismo. El centro cultural Ernest Lluch de San Sebastián fue ayer el escenario de la presentación del libro *Luces y sombras de la disolución de ETA político-militar*, fruto de la colaboración de la asociación cívica Cambio por Euskadi-Aldaketa y de la Fundación Víctimas del terrorismo. En el acto, presentado por el alcalde donostiarra Odón Elorza, participaron Jesús Loza y Andoni Unzalu -miembros de la Fundación Buesa- y el analista Kepa Aulestia.



Unzalu, Loza, Elorza y Aulestia, ayer en San Sebastián. [MIKEL FRAILE]

Fue una oportunidad para el recuerdo del pasado pero también para la reflexión sobre el futuro y para el debate sobre el presente «sin revancha y sin odio» y sobre un hipotético final del terrorismo. Los promotores del libro destacaron entre «las luces» de aquella iniciativa de negociación, protagonizada por el Gobierno de UCD y los dirigentes de Euskadiko Ezkerra Juan María Bandrés y Mario Onaindía, la esperanza de que era factible la renuncia de la violencia, la reinserción en la democracia sin pagar por ello un precio político. Se trató del principio paz por presos que, recalcaron, nunca traspasó la línea roja de la negociación política. En aquella ocasión, los dirigentes de Euskadiko Ezkerra realizaron una autocrítica pública de la violencia y lideraron una lucha firme contra el terrorismo, recordaba la presidenta de la fundación y viuda de Fernando Buesa, Natividad Rodríguez, en su escrito de presentación. Quienes pilotaron aquel proceso de abandono de las armas fueron entonces, en opinión de los promotores de esta publicación, personas valientes que tuvieron la suficiente libertad interior para romper las cadenas de la inercia de la violencia, para cambiar, para reconocer sus errores y para adaptarse a una realidad nueva. Fueron en su día considerados «traidores», pero tuvieron el valor de evolucionar, de «abandonar el calor de la tribu y de vivir en la intemperie de los ciudadanos libres».

«Justicia razonable»

Pero aquella salida posibilista tampoco fue un proceso idílico. Entre las sombras, que también las hubo, aquella apuesta de final dialogado no tuvo en absoluto en cuenta a las víctimas. Es verdad que el contexto era el de una democracia joven, en el que las víctimas del terrorismo eran tan invisibles para la sociedad como para los dirigentes políticos. «No hubo justicia y hay que tener en cuenta que ya no es posible en el futuro una solución si no hay una justicia razonable», aseguraba Unzalu, «aunque un futuro pacto lo apruebe por unanimidad el Parlamento».

Loza insistió. «Hace 25 años hubo mucha generosidad por parte de las víctimas, causas judiciales que se cerraron precipitadamente y un escaso reconocimiento del daño acusado, pero la no reincidencia facilitó el proceso».

Kepa Aulestia dijo que ninguno de los activistas de ETA político-militar se ha reciclado a la actividad política o al compromiso público. Aseguró también que, después del fracaso de todas las experiencias de diálogo con ETA, el modelo dialogado definido en el Pacto de Ajuria Enea está acabado hasta que la organización terrorista no asuma su derrota. Y recordó la incapacidad de ese mundo para tener un interruptor que ponga fin de verdad a su actividad. «Nadie que haya propuesto en ETA la crítica a las armas se ha planteado en serio su autodisolución o su final, concluyó.